

cípulo de las expresiones simples o infantiles, de la misma manera que podría serlo, con absoluta legalidad para su historia pictórica, de Sandro Botticelli. Después de todo, ser "naïf" consiste fundamentalmente en desconocer el legado de la historia del arte y expresarse a pesar de ese desconocimiento. Ser un pintor en la historia —letrado de la pintura— consiste, fundamentalmente en conocer esa historia e interpretar la pintura más o menos bien, pero con ese conocimiento en el horizonte... Alfonso Fraile es, como los he llamado aquí, un pintor en la historia —un letrado de la pintura—. Su peculiaridad, sí, es que conoce la pintura histórica; pero conoce también la pintura de los hombres sin historia —de los "naïf", tal vez de los niños— e incorpora ese conocimiento al caudal de todos sus conocimientos para hacer la pintura propia.

¡Pero qué fundamental es eso de tener o no conciencia histórica! En todos los aspectos, no sólo en la pintura. Es fundamental, incluso para hacer una pintura que, aparentemente, no cuenta con la historia. Como la de Alfonso Fraile. ■ JOSE MARIA MORENO GALVAN.

TEATRO

"La denuncia", por el TEC

Prosiguiendo sus representaciones en España, el TEC de Colombia acaba de presentar en el teatro de la Escuela Superior de Arte Dramático uno de sus títulos básicos, "La denuncia", que, por razones técnicas, no pudo incluir en su ciclo del San Juan Evangelista.

La obra tiene su origen en el que pudiéramos considerar un tema clásico de la Historia de Colombia y aun de otros países latinoamericanos. Me refiero a la presencia de las grandes compañías de los Estados Unidos, a sus pactos con las oligarquías nacionales y al nacimiento de una economía y de una política basadas en ese pacto. El tema tiene sus variantes según los países, pero algunos de ellos han conocido el problema concreto de la explotación ba-

nanera, hasta el punto de existir hoy toda una dramaturgia —Colombia, Panamá, Costa Rica...— dedicada a esa cuestión.

En el caso de Colombia, el interés del conflicto va más allá de la explicación generalizada de una situación económica. Y esto es así porque en la explotación bananera y en el cuadro de los abusos e imposiciones de la firma frutera norteamericana se gestan las primeras luchas sociales del país, las grandes huelgas, los primeros intentos de organización campesina, las masacres de trabajadores y, como resultante, la puesta en marcha de un proceso político.

"Soldados", texto originario de Carlos José Reyes, reelaborado luego numerosas veces por el TEC, era ya un tratamiento del tema a través del comportamiento de unos soldados, situados ante la alternativa de obedecer a sus superiores y disparar contra los huelguistas o solidarizarse con ellos una vez descubierta su paupérrima condición común dentro de la sociedad colombiana. En "La denuncia", Enrique Buenaventura intenta abordar el mismo problema desde otra perspectiva. La "denuncia" hecha en el Parlamento de la "masacre de las bananeras", el cuestionamiento de las primeras explicaciones oficiales —que presentaban a los huelguistas como facinerosos— y, por tanto, la reivindicación política de aquel movimiento, constituirían la línea histórica de la obra, sostenida teatralmente a través de una serie de personajes históricos, aunque, como es lógico, sometidos a la estilización impuesta por el grupo.

La representación, muy clara en el marco latinoamericano, quizá fuera un poco farragosa en la Escuela de Arte Dramático. Desde el punto de vista político, no hay la menor duda. Lo que quiere decir Buenaventura está muy claro y todo el mundo lo entendió. A lo que yo me refiero es a un tipo de participación —para el colombiano que conoce "otras" explicaciones de los hechos, la obra posee un carácter de "contrainformación", de oposición a las versiones oficiales, además de aparecer en ella situaciones y personajes que le resultan familiares y son interpretados con una luz también distinta— que en Madrid, dado el carácter fuertemente documental de la obra, tenía que quedarse a veces en información, en el conocimiento político de unos hechos, con el consiguiente riesgo de esquematizar la significación de la propuesta.

El teatro de la Escuela se llenó hasta los topes y, tras la representación, Buenaventura ofreció, como es norma del TEC, el debate con los asistentes. La sesión mostró en su conjunto el interés que existe por el TEC en los ámbitos de nuestro teatro independiente. ■ JOSE MONLEON.

Sófocles, en el teatro Real

No deja de ser significativo que haya sido un grupo no profesional el que haya puesto a la crítica madrileña en la muy espaciada tesitura de juzgar a un clásico griego. Dato que debe ir necesariamente acompañado

de otro no menos significativo: que el grupo está formado por funcionarios de un Ministerio —concretamente el de Educación y Ciencia— y que la representación se ha ofrecido en el teatro Real, bajo el patrocinio de la Dirección General del Patrimonio Artístico y Cultural. Circunstancias todas ellas excepcionales que descubren tácticamente la enorme pobreza de nuestra vida teatral —y, por tanto, de nuestro pensamiento teatral—, privada, entre otras muchas cosas, de la presencia regular y viva del gran teatro del pasado. ¿Cómo, en esas condiciones, podría sorprendernos el desconcierto con que, generalmente, es acogido entre nosotros el gran teatro moderno?

El que debamos a unos funcionarios-actores la posibilidad de ver una obra de Sófocles, "Ajax", que yo recuerde no representada en Madrid durante los veintitantos años que llevo metido en la crítica, es un hecho que debiera hacer pensar a quienes contemplan con suficiencia y aires de estar de vuelta los espectáculos que, de vez en cuando, se rebelan entre nosotros contra el rutinarismo dominante.

Sobre una rigurosa y bella versión de Domingo Miras, Antonio Amengual ha ordenado, con indiscutible oficio, un trabajo que nos hizo pensar en el estilo de los antiguos montajes de la compañía Lope de Vega. La música de Oscar Monzó y las características suntuosas del marco escénico contribuyen a esa evocación. El entusiasmo del público, por su parte, no dejaba de evidenciar que, al menos para muchos, los criterios no han cambiado. Extremos todos ellos que se prestan a mil consideraciones, en el terreno del teatro y en otros más graves, si pensamos que en la gran época de la Lope de Vega uno iba a la cárcel por militar en un partido político. Lo que quiere decir, en suma, que cada vez resulta más difícil ligar el alicaído tono de nuestra vida cultural con las vigorosas afirmaciones de nuestros activistas, la insularidad de los pronunciamientos espontáneos con la solidaridad gestual de las afirmaciones solsmnes, nuestro profundo inmovilismo con nuestra emocional evolución. Contradicciones estas que planteo sin ningún fatalismo ni como reproche al indiscutible esfuerzo de cuantos han hecho este "Ajax", pero que se derivan, inevitablemente, de llegar hasta él entre los carteles de la campaña electoral.



"La denuncia", de Buenaventura, en la versión del TEC.